

Raíces profundas: conflictividad y redes de poder durante los «años de los maquis» en la provincia de Huesca, 1940-1949

MERCEDES YUSTA RODRIGO

Durante la década de los años cuarenta, la conflictividad social vivida en la provincia de Huesca, como en otras provincias españolas, está profundamente marcada por la aparición del fenómeno de la guerrilla antifranquista y las luchas que se desarrollaron en torno a ella, un grave problema que afectó a todas las capas sociales y que preocupó seriamente a las autoridades franquistas en un momento de autoafirmación de las nuevas estructuras del régimen. Sin embargo, no es posible considerar el problema de la guerrilla como un problema aislado, como un único signo visible de disidencia en el seno de un todo social consolidado.

En primer lugar, y como ya he tratado de mostrar en otros trabajos,¹ el movimiento guerrillero no surge de la nada ni se implanta en un territorio que le es ajeno, sino que, en gran medida, conecta con problemáticas vividas a nivel local y es el vehículo que canaliza conflictos y descontentos que provienen incluso de sectores potencialmente no hostiles al nuevo régimen. Esto, que puede parecer paradójico, está determinado por el funcionamiento de un tipo de relaciones de gran importancia para comprender el funcionamiento de la sociedad rural, como son las que los antropólogos sociales denominan las «lealtades primordiales», que vienen determinadas por vínculos de parentesco, vecindad, etc.²

En segundo lugar, tras el espectacular telón de las acciones de la guerrilla y la consiguiente actuación de las fuerzas represivas, se adivinan conflictos en el seno de la propia clase dirigente, conflictos de jurisdicción, de reparto de poderes, que adquieren un nuevo relieve ante la situación vivida. Para analizar esta compleja malla de conflictos entrecruzados, es muy útil, por una parte, el enfoque proporcionado por la historia local, que permite observar «al microscopio», en un marco reducido, cómo funcionan las relaciones sociales en los núcleos rurales. Por otro lado, es también útil el concepto de «red», que interrelaciona a los diferentes actores sociales y permite descubrir el complejo entramado de sus relaciones.³

1 Vid. M. Yusta, *La guerra de los vencidos*, Zaragoza, IFC, 1999.

2 El concepto es desarrollado por H. Alavi, *Las clases campesinas y las lealtades primordiales*, Barcelona, Anagrama, 1976.

3 En este sentido, seguimos las tesis expuestas por E. Nicolás en su artículo «Los poderes locales y la consolidación del régimen franquista», *Ayer*, 33 (1999), pp. 66-85, en el que destaca la importancia de la historia local como

Nos vamos a centrar en el mundo rural oscense y especialmente en aquellas zonas, como Sobrarbe, Ribagorza y algunos valles pirenaicos, que se vieron más afectadas por la guerrilla de posguerra y, por lo tanto, por la política represiva del régimen.

La economía de la provincia de Huesca durante los años 30 y 40 es marcadamente agraria, con un reparto de la propiedad que no presenta diferencias tan acusadas como en otras provincias españolas (notablemente el sur o Extremadura), con predominio del mediano y pequeño propietario, aunque en algunas zonas tenga una importante relevancia la existencia de grandes propiedades en manos de terratenientes absentistas, como ocurre en el partido judicial de Sariñena. No hay que olvidar, tampoco, la importancia de la ganadería y de las explotaciones forestales en la configuración de la economía de montaña que predomina en el norte de Huesca. La conflictividad agraria durante los años de la II República se canaliza a través de la CNT, la organización obrera predominante en la provincia, y se estructura en torno a la cuestión de los comunales. Con la guerra y la división de la provincia en dos zonas, en la que queda en manos republicanas se lleva a cabo un proceso revolucionario que desemboca en la creación de colectividades agrarias en gran número de poblaciones, proceso éste que tras diversos avatares quedará definitivamente abortado en la primavera de 1938, con la reconquista de estos territorios por parte del Ejército franquista.⁴

A la reconquista por parte del Ejército sigue, de forma inmediata, la reorganización de la vida local. Disueltos los comités revolucionarios, las autoridades franquistas designan a las nuevas gestoras municipales, como había ocurrido desde el primer momento de la sublevación en la parte occidental de Huesca. A falta de personas más cualificadas, los alcaldes serán generalmente designados entre los de mayor poder económico de la localidad, lo cual no suponía instantáneamente la ciega adhesión al nuevo régimen, aunque de hecho así sucedía en muchos casos: en estas personas seguían frescos los inquietantes recuerdos del período revolucionario. Pero, en un principio, y hasta que no se unificaron en la misma persona los cargos de alcalde y jefe local de Falange, no faltaron los conflictos entre ambas autoridades, con ideas a menudo divergentes acerca de la organización de la vida local mezcladas con una sorda lucha por la parcela de poder que a cada uno de ellos correspondía.

observatorio de la consolidación de las estructuras de régimen y la articulación entre los diferentes poderes locales. El concepto de «red» es utilizado por A. Banti para analizar el funcionamiento de los mercados informales de crédito y tierra, en *Terra e denaro. Una borghesia padana dell'Ottocento*, Venecia, Marsilio Ed., 1989. En un marco cronológico y espacial más próximo al que nos interesa, es empleado también por A. Sabio en su tesis doctoral, *Relaciones de propiedad, mercados agrarios y poder local en la sociedad rural aragonesa: la agricultura cerealista de Cinco Villas (1850-1930)*, Universidad de Zaragoza, 1995.

⁴ Vid. P. Salomón, «La defensa del orden social: fascismo y religión en Huesca», en J. Casanova, Á. Cenarro, J. Cifuentes, M^a P. Maluenda y M^a P. Salomón, *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 127-165. En cuanto a los procesos colectivizadores llevados a cabo en la franja oriental de la región aragonesa, están minuciosamente descritos en la monografía de J. Casanova *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*, Madrid, Siglo XXI, 1985.

Los informes de los delegados enviados por Administraciones Locales en 1939 para dar cuenta del estado en que se encontraban los municipios oscenses detectan, de una forma generalizada, una situación caótica en los Ayuntamientos, que va de diferentes deficiencias administrativas a la total ausencia de administración. En muchos casos se trata de una situación heredada del pasado prebélico e incluso prerrepblicano, lastrada por viejos vicios caciquiles y agravada por el caos administrativo producido durante la guerra. Es significativo el informe acerca de los partidos judiciales de Benabarre y Boltaña, en el cual se reseña, acerca de los alcaldes, que «en su casi totalidad son labradores, legos en el conocimiento de las leyes y en las obligaciones y derechos que les competen en el ejercicio de sus cargos». En cuanto a los secretarios, se califica su labor de «deplorable», y de los depositarios, «en general, como si no existieran. Labradores que apenas saben leer, escribir y las cuatro reglas [...] todos ellos sin fianza de ninguna clase, pero todos propietarios de suficiente número de fincas para responder de muchos mayores fondos de los que por su cargo manejan».⁵ Las observaciones del inspector apenas necesitan comentario. En otro informe, en el caso de Calasanz se califica a uno de los gestores de «cacique», agregando que obstruye la labor del alcalde. En Senés de Alcubierre, el alcalde «es enemigo de cobrar (por no pagar él que es el primer contribuyente)» y esta situación se repite en otros municipios. En Castellflorida la Administración local se encuentra abandonada; «el alcalde, buena persona, muy afecta al régimen y perseguida por los rojos, pero descuidado en sus obligaciones oficiales». Quizá una de las situaciones más significativas sea la que se describe en Laperdiguera, donde «no ha desaparecido la política local de partido o mejor dicho de personas, y continúan formando un grupito cada una de las autoridades (Jefe local de Falange y Alcalde) y tengo el concepto de que todo preocupa más que las obligaciones del cargo».⁶

Resumiendo, tras la guerra retoman el poder local aquellos que lo ostentaban antes de ésta, los antiguos caciques y los labradores más poderosos económicamente, y se detecta cierta indiferencia ante el cambio de situación política, reestructurándose las antiguas redes del poder caciquil. El enfoque local nos revela lo poco que tiene de novedoso, en la composición de las gestoras municipales y su funcionamiento, el «Nuevo Estado».⁷ Los únicos funcionarios a sueldo del Estado, los secretarios, se han visto sometidos a un proceso de depuración que ha visto disminuir dramáticamente sus efectivos; la falta de secretarios capaces es otra de las quejas más frecuentes de los inspectores.

5 Archivo Histórico Provincial de Huesca (en adelante, AHPH), «Informe general resumen de las visitas de inspección realizadas en diferentes pueblos de los partidos judiciales de Benabarre y Boltaña», Sección Gobierno Civil, Admón. local, 2215.

6 AHPH, «Informe breve de las condiciones que reúnen las comisiones gestoras de los Ayuntamientos que se expresan y especialmente los sres. Alcaldes según los antecedentes adquiridos por el que suscribe», Sección Gobierno Civil, Admón. local, 2215.

7 La continuidad entre las elites políticas franquistas y sus antecesoras durante la Dictadura primorriverista ya ha sido señalada por Á. Cenarro, *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1997.

En este escenario de reafirmación de los poderes fácticos locales, tras una guerra civil y una durísima represión que han anulado cualquier posible oposición, al menos en apariencia, van a surgir repentinamente nuevos actores. Al otro lado de la frontera, no lejos de estas poblaciones, se ha desencadenado la segunda guerra mundial; los alegres coqueteos del franquismo con las potencias fascistas comienzan a convertirse en inquietud a partir de 1942, el año de Stalingrado y del desembarco aliado en África del Norte. Como zona fronteriza con Francia y escenario del paso clandestino de resistentes, refugiados judíos o pilotos ingleses, la presencia de tropas no desmovilizadas en la franja de Huesca más cercana a los Pirineos es una constante. Pero es a partir de 1943 cuando la alarma se dispara entre las autoridades franquistas: grupos clandestinos de guerrilleros españoles, procedentes de la Resistencia francesa, se agrupan cerca de los Pirineos, comienzan a franquear de forma continuada la frontera y se adentran en el interior del territorio español. Se teme la posibilidad de una invasión guerrillera, posibilidad que comienza a materializarse a mediados de 1944. Finalmente, en octubre de este año grupos masivos de guerrilleros, organizados en brigadas, se adentran en la provincia oscense. La concentración de tropas y el consiguiente enfrentamiento entre Ejército franquista y guerrilleros impiden que la pretendida invasión se lleve a cabo, pero no evitan que algunos grupos penetren hacia el interior y se conviertan en partidas estables. Ello provoca, al mismo tiempo, la afluencia de contingentes militares, de la Policía Armada y de la Guardia Civil a la zona norte de la provincia, que sufre así un paulatino proceso de militarización del territorio.⁸

Frente a la invasión guerrillera, el pánico cunde entre las autoridades locales, que se saben en el punto de mira de los guerrilleros. De hecho, a pesar de que el objetivo de la Agrupación Guerrillera del Alto Aragón no era realizar acciones armadas sino más bien establecer contactos con las reducidas células comunistas de la zona y proteger el paso de los enlaces, varios alcaldes cayeron bajo las balas de los guerrilleros. Entre ellos, el de Salinas de Hoz (que había dirigido una operación de «limpieza de maquis») y el de Barbuñales.⁹ Sin embargo, los alcaldes de la provincia de Huesca no experimentaron la misma reacción que los de la provincia de Teruel en parecidas fechas y circunstancias. Éstos reaccionaron pidiendo a las autoridades que aumentaran las dotaciones de la Guardia Civil; en Huesca no se ha registrado una reacción semejante. Más bien se detecta cierto descontento frente a la proliferación de tropas en sus términos municipales, principalmente en torno al año 1946, año en que se había fundado y había comenzado su actuación la Agrupación Guerrillera del Alto Aragón.¹⁰ Las razones de estas diferentes

8 Acerca del papel de los Pirineos como zona de paso clandestina, además de los numerosos testimonios escritos (como el de L. Fitko, *De Berlín a los Pirineos. Evocación de una militancia*, Madrid, Araya & Mario Muchnick, 1997), vid. É. Eychenne, *Pyrénées de la Liberté. Les évactions par l'Espagne. 1939-1945*, Toulouse, Privat, 1998. En cuanto a las penetraciones guerrilleras, vid. D. Arasa, *Años cuarenta: los maquis y el PCE*, Barcelona, Argos Vergara, 1984.

9 El alcalde de Salinas de Hoz, en AGA, Sección Presidencia, DNP, caja 172, Jefatura Provincial de Huesca, Informes mensuales, diciembre de 1947; el alcalde de Barbuñales, en AGA, Sección Presidencia, DNP, caja 172, Jefatura Provincial de Huesca, Informes mensuales, septiembre de 1948.

10 Existe una monografía acerca de esta Agrupación: la de P. Fernández Pancorbo, *El maquis al Norte del Ebro*, Zaragoza, DGA, 1988.

reacciones son variadas: por un lado, la actividad guerrillera era mucho mayor y notablemente más ofensiva en Teruel; por otro, los guerrilleros del Alto Aragón, mucho menos numerosos que los turolenses, eran en su práctica totalidad personas naturales de la zona, como Joaquín Arasanz, jefe de la Agrupación y miembro de una conocida familia de Sobrarbe. Ello condiciona, desde nuestro punto de vista, la percepción de la población y de las autoridades locales (que también eran naturales de la zona, al fin y al cabo) respecto a los guerrilleros, que no son, después de todo, unos extraños. Lo que se percibe claramente en la población oscense en general, y los alcaldes participaban en cierta medida de esta percepción, es la intrusión de las fuerzas represivas en el desarrollo de sus actividades cotidianas.

Las quejas más habituales de los alcaldes oscenses tienen un matiz claramente económico y reflejan un conflicto en cuanto a la gestión de los recursos; se quejan de que la concentración de tropas en la provincia amenaza con dejar sin suministros a la población civil y, concretamente, aluden a la «superabundancia de fuerzas militares que están acaparando por todos los medios la cosecha de patata, lo que creará un enorme problema al llegar el invierno, pues este tubérculo es base principal de la alimentación en la gente no pudiente». A ello se unen protestas por la carestía de la vida, la escasez de los abastecimientos y la inoperancia del régimen frente al problema del mercado negro. Estas quejas, recogidas por la Jefatura Provincial de Huesca en agosto de 1946, difieren mucho de la actitud ya mencionada de los alcaldes turolenses. Además, es una queja reiterada; en diciembre de ese mismo año, de nuevo «se ataca con dureza y de forma cruda y descarnada la existencia de economatos militares y de toda clase de Organismos que [los alcaldes] creen dificultan en gran manera el abastecimiento de la población civil». ¹¹ Al recrudecerse las acciones de la guerrilla, las protestas cesan: tres meses después de este informe se producen las muertes del alcalde de Salinas de Hoz y de un transportista de Graus. Pero seguimos teniendo muestras de la tensión y el conflicto existentes entre las autoridades civiles y las militares. Un ejemplo: en julio de 1947, el alcalde de El Pueyo de Jaca se dirige al gobernador civil para protestar de la actuación del comandante de las fuerzas allí acantonadas; al parecer, el ganado del Ejército utilizaba pastos del municipio (¿o del propio alcalde?) y los soldados pernoctaban en la cabaña con el vaquero y su mujer; el alcalde se lo comunicó «educadamente» al comandante, el cual reaccionó «sin dejarme terminar de hablar con frases que me metía en la cárcel y que me iba a destituir de alcalde». ¹² Y en septiembre se produce un conflicto con varios alcaldes al negarse los Ayuntamientos a satisfacer los cupos de entrega de ganado al Ejército destacado en la zona, por considerarlos abusivos. Se trata de los de Hecho, Jaca, Biniés, Escarrilla, Tramacastilla y Lanuza. Y, al menos en el caso de Hecho, la negativa se tramita a través de la Hermandad Sindical Local de Ganaderos. ¹³ Los intereses particula-

11 AGA, Sección Presidencia, DNP, caja 172, Jefatura Provincial de Huesca. Informes mensuales, agosto de 1946 y diciembre de 1946.

12 AHPH, caja G-1, exp. 2170.

13 AHPH, caja G-1, exp. 2267. Á. Cenarro señala que «al frente de las Hermandades fueron colocados representantes de la oligarquía terrateniente local», *op. cit.*, p. 369.

res y locales, en suma, priman sobre la ideología o la lealtad al régimen. En un conflicto que enfrenta a la comunidad con el poder central, con la presencia de los guerrilleros (en teoría, el enemigo común) como conflicto de fondo, los alcaldes se alinean decididamente junto a sus convecinos.

En cuanto a la población, afecta o no al régimen, la nota dominante es una percepción marcadamente negativa de la actuación de las fuerzas represivas. Las tropas y en especial la Guardia Civil, la presencia más constante y cotidiana, son percibidas como un elemento extraño, ajeno a la comunidad y perturbador de sus actividades diarias. Como en otras zonas, en Huesca la «guerra» contra la guerrilla se llevó a cabo como una guerra contra la población civil y se dieron abundantes casos de detenciones arbitrarias, palizas, torturas en dependencias policiales... Estas actuaciones consiguieron su objetivo: dismantelar la red de enlaces y simpatizantes de los guerrilleros. Pero también llevaron al cuartelillo y a la cárcel a campesinos y campesinas cuyo único delito había sido dar información o comida a los guerrilleros, por una solidaridad campesina ajena a cualquier ideología o por miedo. La actitud de la Guardia Civil ante la población era de una prepotencia tal que incluso, en algunos casos, como en Gerbe, según un informante, «iba la Guardia Civil por la noche y le decían al alcalde que les mandara un guía, y le hacían ir delante. Y un día el alcalde les dijo que no bajaran más a por guías, que la gente del pueblo no estaba para morir allí delante de ellos. Que fueran ellos y que se las arreglaran como pudieran, pero que él no les mandaba ninguna persona que fuera por la noche delante. Porque le hacían ir por delante un trozo al otro. [...] Por si acaso, que le dieran al otro...».¹⁴ Un nuevo ejemplo de la solidaridad de una autoridad local con sus convecinos frente al poder represivo. Y una percepción por parte de la población de un poder abusivo, percepción que ha sobrevivido y se traslada al presente; en palabras de otro informante: «eso, la Guardia Civil entonces se aprovechaba mucho de lo que eran. Por eso, ahora, no tienen ninguna autoridad. Que, cuando han tenido, han tenido demasiado. Han abusado. Que aquello fue un abuso muy grande...».¹⁵

Los campesinos estaban obligados a proporcionar a los guardias civiles alimento y cobijo. Y, sin embargo, estaban siempre bajo sospecha; la rebeldía del campesinado ante esta situación se expresa por ejemplo en una conversación recogida entre un labrador acusado de dar cobijo a un grupo de guerrilleros y un conocido de su misma generación. Al referirse al sargento de la Guardia Civil que lo detuvo, a él y a otros vecinos, se indigna recordando:

—[...] él fue el que nos llevó a Huesca. Aquello sí que me sentó a mí muy mal. Y a cualquiera de los que íbamos entrando allí en la cárcel, por filas... Y dijo: «Hala, que a la mayoría de ustedes los llevo a mejor casa que la que tenían en su pueblo». Sinvergüenza... Cuando venía y se le hacían buenos banquetes, como se le hacían todos, prepararles una buena comida nada más por la cara. Eso no..., eso no le sentaba mal... Nosotros, había temporadas que gastábamos más para comer ellos que para gastar nosotros...

14 Entrevista: hombre de 73 años, 11 de agosto de 1998, Guaso.

15 Entrevista: hombre de 87 años, 16 de agosto de 1998, Graus. Realizada en colaboración con José Antonio Angulo.

—Porque, además, venían dos más o tres más o cuatro más... y además el problema más grande que había es que no podías hacer confianza de ellos porque ellos, en que sabían que venían los maquis por un lado, se iban por otro. Y el que estaba allí no se podía apartar para ningún lado.

—Nosotros éramos carne de cañón por los dos lados.

—¡Claro!! Yo se lo dije un día al teniente allí. Me dice: «¿Usted qué haría?». «Yo, lo que me digan ellos». Digo: «Yo tengo que volver mañana por aquí». Porque ellos mismos me decían, te hemos visto pasar por tal sitio, en tal sitio se te ha tumbado un macho, en tal sitio tal... [...]

—Ellos iban siempre de espaldas al peligro, si sabían por dónde habían de andar la gente esta.

—Y no podías tampoco estar de policía ni para unos ni para otros. Que vayan ellos, que están para eso.

—Y, después, los guardias que venían para allí, había de todo. Que, si les dabas cena y cama y desayuno antes que se marchaban, parece que aún te demostraban agradecimiento, pero otros aún parece que se iban...

—No, pero lo tenías que hacer por obligación...

—No teníamos necesidad de todas esas cosas...

—Ni obligación tampoco. Ahora, buena culpa de eso..., pasaba también entonces, pero buena culpa de eso la tenían los alcaldes de los pueblos. Porque si el alcalde hubiera puesto al gobernador, dice: «Oiga, mire usted, esto... atenaza más al pueblo la Guardia Civil que no los maquis, ¿eh?»...

—Si se hubiese comentado la servidumbre que hacía la Guardia Civil, pues no sé, no hubieran hecho nada porque mandaban ellos; pero, si no, hubieran tenido que poner mano dura.¹⁶

Hemos transcrito esta larga conversación por su enorme interés en varios aspectos, puesto que a través de ella encontramos la percepción de los campesinos acerca de lo que era la actuación de la Guardia Civil y lo que debería ser. Se trata, además, de dos personas cuya ideología podríamos describir como conservadora, pequeños propietarios sin afinidad política alguna con el movimiento guerrillero. Por ejemplo, se puede apreciar que uno de los reproches que hacen a la Guardia Civil es el de no cumplir con su deber, es decir, no protegerlos a ellos de los guerrilleros, lo que, unido a una labor represiva desempeñada a menudo de forma indiscriminada, los convierte en «carne de cañón por los dos lados». A esto se une lo que ellos perciben como un abuso en el plano económico, agravado por el hecho de que no lo sienten como una obligación y ni siquiera reciben una muestra de reconocimiento a cambio. La aspiración de elevar sus protestas a las más altas instancias recuerda la tradicional mentalidad paternalista típica de una sociedad caciquil y la existencia de algo semejante a una «economía moral de la multitud» que, salvando las distancias, nos recuerda a la descrita por Thompson para los campesinos ingleses del siglo XVIII. Podríamos extendernos aún más allá en el análisis, pero ello nos llevaría lejos del espacio que nos ha sido asignado.

En todo caso, y a pesar del reproche puntual a los alcaldes (un reproche que, a fin de cuentas, refleja esta actitud paternalista que se espera del cacique, en la cual se po-

16 Entrevista: Antonio Solano y Antonio Fumanal, 12 de agosto de 1998. Aínsa.

nen de manifiesto las redes de solidaridad vertical que unen a los labradores y sus patronos en una comunidad rural tradicional), esta percepción negativa es a menudo compartida por los alcaldes oscenses, aunque sea a otro nivel. Pues ellos son también naturales de la zona, labradores al fin y al cabo como sus convecinos, y ello se manifiesta en las actitudes defensivas respecto a la gestión de los recursos que mantienen frente a las requisitorias militares. Las actitudes tradicionales del campesinado, y sobre todo la cohesión de la comunidad y la solidaridad entre vecinos, sobrenadan en la estructura de poder que el centralismo franquista pretende imponer y constituyen en ocasiones una red más fuerte que las nuevas redes de poder. Incluso ante la potencial amenaza de los guerrilleros comunistas, la confrontación o, al menos, el desacuerdo entre los alcaldes y los representantes de las fuerzas represivas no será un acontecimiento inhabitual en las pequeñas poblaciones oscenses.

Con esto no pretendemos en modo alguno afirmar que nos encontramos ante una sociedad despolitizada o que no haya confrontaciones entre las distintas capas económicas, entre los más favorecidos y los menos. Por supuesto que las hay. Pero nuestro objetivo ha sido identificar las pervivencias del pasado en los pequeños núcleos rurales, la falta de consenso en el seno de la capa dirigente y la complejidad de una red de relaciones y conflictos no reductible al binomio «afecto al régimen – opositor al régimen», así como la necesidad de buscar nuevos instrumentos de análisis que nos permitan comprender y explicar cada vez mejor esa complejidad.